MJ estudios

Mi vida con un adolescente

Andrés Ramos, padre de familia y profesor (Madrid)
José Antonio Sansegundo, animador de un Centro Juvenil (Madrid)
Lourdes Jarén (†) y José Luis Rivera, padres de familia y profesores (Alcalá de Henares y Madrid)
Rubén Escribano Caro, salesiano y educador (Madrid)

Síntesis del artículo

Varias personas cuentan su experiencia de educar a adolescentes. Uno es un joven animador de un centro juvenil. Otro es un religioso salesiano educador. Los otros son, a la vez, padres de familia que han tenido hijos adolescentes y profesores en la ESO. Todos presentan algunas valiosas pautas educativo-pastorales para educar a adolescentes.

Abstract

Several persons tell their experience of educating teenagers. One is a young animator of a Youth Centre. Other one is a salesian religious and educator. Others are, simultaneously, family parents who have had teen children and teachers in middle and high school. All of them give some valuable educational-pastoral guidelines to educate teenagers.

Para este estudio hemos querido asomarnos a las vidas de quienes comparten tiempo, preocupaciones, dedicaciones, etc., con adolescentes. Son puntos de vista diversos sobre una misma realidad. Eso es lo que da valor a este *puzle*. En su armonía, conjugada en la diversidad, descubriremos convergencias e intuiciones para nuestra labor con ellos. Para no aumentar la extensión del estudio señalaremos **en negrita** algunas pautas educativo-pastorales que pueden servirnos de conclusiones.

1 Desde el aula: ponerse las gafas de ver

Me piden que escriba una reflexión sobre mi vida con adolescentes. En un principio me parecía que esto sería similar a encontrarse inmerso en un gran atasco del que no sabes cómo salir. Intentaré reflexionar sobre cómo ha sido mi tratamiento del asunto en mi vida personal y profesional, sabiendo de antemano que en esto de escribir no soy muy bueno, que no sé cómo transmitir con palabras lo que siento.

1.1 *También soy padre*

Soy padre de dos adolescentes. Uno ya saboreando la mayoría de edad, o sea, esa época en la que uno se cree ya mayor y autosuficiente para todo, pero que te pide ayuda cuando no sabe cómo seguir toreando la vida. Confieso que no me quejo del todo, pues él es bastante razonable y además uno está siempre dispuesto a lo que sea por los hijos (lo aprendí de mis padres y lo he experimentado después en mi propia vida). Otra, acariciando la pubertad. Nos llega la tarea ya con cierta experiencia aunque es cierto que **no hay dos casos iguales**. En ambas situaciones acusamos los grandes cambios que ambos han experimentado. Aun recordamos cuando eran pequeños y disfrutábamos de su inocencia infantil. ¿Cómo es posible que aquel niño/a haya cambiado tanto en tan poco tiempo, parece que fue ayer? Y es que, si algo se nota desde fuera, son los grandes cambios físicos y psicológicos que ellos experimentan. **Las dificultades que se generan vienen precisamente por no aceptar esos cambios**. Ellos, porque no los ven con perspectiva y, por tanto, no son conscientes de los mismos, y nosotros porque no aceptamos que aquel niño ya es mayor y tiene que aprender a caminar solo.

1.2 *Siempre comenzando*

Comencé a trabajar con adolescentes hace más de 25 años. Es mucho tiempo, y alguien podría pensar que ya sé todo lo que hay que saber para lidiar con ellos/ellas. No es así. **Si algo he aprendido en todo este tiempo es que nunca se aprende del todo, que nunca se tiene la sabiduría para gestionar los asuntos que envuelven y enredan las mentes de nuestros jóvenes-niños, y es que cada situación es nueva. No hay patrones que podamos aplicar. Lo que ayer funcionó puede que hoy no valga. Y es que, en este mundo proceloso de la adolescencia, todos estamos un poco perdidos. Quizás sea el sentido común lo que muchas veces nos saque de un apuro.**

Después de todo este tiempo aún me impresiona ver cómo se creen autosuficientes, cómo creen que han vivido un montón, que saben defenderse y gestionar sus propias decisiones. A menudo veo cómo defienden su sentido particular de la justicia, que casi siempre gira en torno a ellos mismos, siendo ellos el centro y razón de todo. Entonces pienso que las posturas radicales que muestran no son sino la explicación de su incipiente despertar a la realidad, la vivencia que da el ser consciente de dónde uno está y lo que uno es. No es poco si entendemos y aceptamos que el bullir de hormonas con el que han luchado no les ha dejado verse, ni comprenderse.

Me enternece comprobar cómo sufren por amores. Podrían pensar que sólo les pasa a ellos, que nadie antes ha sufrido lo que ellos sufren, y me preocupa ver cómo se lo guardan para sí, cómo pretenden fingir que no pasa nada y que ellos son capaces de sobreponerse ante tanta fatalidad como les toca vivir.

¿Y qué decir del sentido de pertenencia al grupo? Tengo que decir que son fieles. Se adaptan a lo que la sociedad y el grupo les demandan. Eso les llevará a vestir marcas o llevar aparejos o estéticas que son las que se

llevan. En este sentido les veo esclavos. Han de responder a las demandas, no vaya a ser que se queden fuera, que se vean excluidos. Esto también les provoca dolor cuando en su ser interior sufren las contradicciones, al no seguir las pautas establecidas por el resto de miembros del grupo. Pienso en los chavales que no consumen alcohol, por ejemplo. ¿Cómo se sienten, cómo se viven en su interior? Cuando son capaces de decir NO, ¿cómo perciben ellos la opinión que los demás puedan generarse de ellos? ¿Serán capaces de reponerse, de seguir siendo coherentes?

Muchas veces siento que soy incapaz de transmitirles paz, de darles la tranquilidad que da saber que todo se supera, que las tribulaciones que pueden estar viviendo serán anécdotas que ellos mismos contarán en el futuro como algo gracioso. Me he preguntado muchas veces cómo hacer en el día a día, en la clase y en casa, para hacer llegar estos mensajes.

1.3 *La tentación de imponerse*

En un principio, cuando comenzaba mi vida profesional, a menudo caía en la tentación de imponer. Yo era el educador y, por tanto, el que sabía cómo había que comportarse, cómo había que hacer las cosas. Un buen grito a tiempo arreglaba muchas situaciones. Este sistema nunca funcionó. Es posible que, aparentemente, viera ciertos logros entre mis destinatarios. Sin embargo, **algo que no viene del corazón, o sea, desde la razón, no fructifica entre los jóvenes-niños. No se asimila algo que viene desde la imposición**. Tampoco sirve entrar en diatribas o discusiones. Es inútil y nunca se llega a nada. Es más, la herida se hará más y más grande. Los *cabreos y mosqueos* del adulto no hacen sino favorecer que ellos se carguen de razón. Y qué decir si llegamos a perder los papeles: habremos echado a perder la partida irremediablemente. Si teníamos razón la habremos perdido con ese no controlado comportamiento. Es cierto que, en muchas ocasiones, nos sacan de quicio: se creen sabios y ejecutan una justicia radical y carente de sentido común. Es lo que quieren decir cuando dicen eso de «*es que tú no haces nada*», cuando en realidad quieren decir que no hacemos lo que ellos harían. Hay que tener la cabeza y la sangre muy fría para administrar esas situaciones de crisis.

El adulto sabe que sólo desde la cordura se puede conseguir algo. Quizás no veamos los resultados de inmediato; pero a la larga habremos creado las bases para que ellos puedan ver las cosas desde otra perspectiva, con otro toque. Ese es nuestro papel. Si queremos influir en nuestros hijos o alumnos tenemos que hablar desde el corazón, desde la cercanía con el muchacho. Sentir como ellos sienten, ponernos en su lugar y empatizar. No quiero ser amigo, quiero ser el adulto que entiende y acepta la situación del que me escucha. Que se sientan queridos… ¡¿Cómo me va a escuchar alguien, cómo voy a ayudar a alguien que piensa que no le quiero…?! Y esto, ¿en qué universidad se estudia? Muchas veces un «¿Cómo estás?», o un *«te veo triste»* en el patio o en el pasillo hacen más que mil charlas. Somos padres y profesores, pero ante todo personas que sienten. **Aunque a veces sean difíciles, los chicos saben muy bien que se les quiere y aceptan mejor nuestra intervención si es desde la cercanía, huyendo de la fácil y poco exigente imposición.**

1.4 *La vida educa, pero hay que enseñar a leerla*

He hecho decenas de cursos en España y en el extranjero. Ninguno me ha dado respuestas para ayudar a mis alumnos en este sentido. Ha sido la vida la que me ha ido dando pistas de cómo caminar en este sentido. Hace tiempo que mis clases dejaron de ser magistrales. Quiero que el chico/a sea el protagonista de su aprendizaje. Quiero dar pistas y para ello preparo materiales alternativos que me lleven

a lo que pretendo: hablar de ellos y con ellos. Diseño unidades didácticas sobre el mundo de la televisión, las modas, las relaciones chico/a… No pretendo sólo que aprendan a usar el *present perfect,* sino que me valgo del *present perfect* para hablar de temas que a ellos les preocupan. Con frecuencia me pregunto si lo estaré haciendo bien, me preocupa que mi forma de trabajar difiera en exceso de los cánones, si dedicar una clase a aprender una canción con cierto mensaje no me desvía del temario, si pedirles que actúen haciendo un *role playing*, tratando temas de jóvenes, no me quita tiempo para hacer ejercicios en el cuaderno. Supongo que esta situación viene de la inseguridad que siempre tenemos al trabajar con adolescentes y jóvenes.

Hoy por hoy, sigo pensando que educar es siempre cosa del corazón. Lo difícil es seguir siendo creativos para saber cómo sorprender. **Si no somos capaces de sorprender, estaremos perdiendo grandes oportunidades de llegar al interior de la persona y entonces, transmitiremos conocimientos pero no acompañaremos al joven en una etapa decisiva en su vida. Creo que la misión del adulto-educador es caminar junto a ellos, animando y contribuyendo a que en ese camino haya más luces que sombras, contribuir desde nuestra perspectiva a que poco a poco vayan amueblando su cabeza y que aprendan a ponerse las gafas de ver. Tarea nada fácil, por cierto.**

ANDRÉS RAMOS

2 Desde la animación: compartir la vida

Se ha hablado mucho de la dificultad de trabajar con adolescentes. Al ser una etapa en la que las personas experimentan tantos cambios, **las reacciones y lógicas de los adolescentes se nos escapan, no son predecibles, y eso no nos gusta**. A continuación intentaré expresar una serie de conclusiones a las que he llegado en mi experiencia como animador de adolescentes.

La verdad es que no existe una fórmula secreta para trabajar con ellos, o si existe, aún no la he conocido. Con todo, sin olvidar que cada persona es un mundo, podemos encontrar ciertas claves importantes a la hora de tratar con ellos. Tal vez una buena forma es romper ciertos mitos respecto a ellos.

2.1 *¿Son niños o no?*

Tal vez, a nuestros ojos sí. Ellos no lo ven pero sus comportamientos y rasgos faciales aun no han abandonado del todo la infancia. Pero no son niños, y eso quiere decir que **ya no tienen la fe ciega que los niños depositan en los adultos**. Para un niño los padres son «gigantes» que lo pueden todo, y creen que los conocimientos de sus profesores son casi infinitos. Los niños hacen caso y escuchan porque «los papas y los profes saben más». Los adolescentes se empiezan a dar cuenta de que no es así, ven y buscan los errores e incoherencias de los adultos. Llamar la atención al profesor sobre algo que ha hecho o dicho mal, o sentir que sin ellos sus padres no serían capaces de programar el TDT, les hace saber que en algunas cosas pueden ser mejores. Entonces nos juntamos con alguien que, durante toda su vida, ha visto que había un grupo de gente que iba siempre por delante, los adultos, y que, de pronto, siente que puede alcanzarlos y superarlos. Por eso no es de extrañar que algunas veces nos sorprendamos del alto nivel de desafío de estos chicos y chicas, y de su aparente necesidad de tener razón en todo.

No obstante esto no es signo de querer tocar las narices a los adultos. Ese es un pensamiento nuestro al tener, aun, un poco de mente adolescente. **Los adolescentes, como cualquier persona, buscan seguridad y estabilidad y, cuando se dan cuenta de que los adultos no siempre las tienen, intentan forjarlas por sí mismos.**

2.2 *No tienen preocupaciones*

«Viven a cuerpo de rey: no tienen que trabajar; estudiar, ya ves tú lo que es. Se quejan de vicio». «Ya está otra vez ésta llorando por las esquinas porque al otro no le gusta...»

Tal vez el mayor error que cometemos los adultos respecto a los adolescentes, es devaluar sus preocupaciones y sentimientos. Intentamos medir lo duro de un problema en una escala, que es la nuestra, y cuando un adolescente se agobia por no gustarle a determinado/a chico/a, lo comparamos con los dilemas de encontrar y mantener un empleo, cuidar una relación adulta, educar unos hijos, etc., y claro, su problema nos parece una tontería. Buscamos hacerles entender ese razonamiento y nos indigna que no les llegue.

Ahora imaginemos un supuesto. Tus jefes en tu empresa te dicen que tendrás que realizar una prueba a final de año. En ella medirán tus aptitudes y habilidades y, dependiendo del resultado, se marcará tu futuro profesional. Tus jefes no dejan de mencionar dicha prueba; en casa también, pues de ello depende tu futuro, y quieren que tomes conciencia, porque ellos creen que tú no tienes la capacidad para darte cuenta de la importancia de esa prueba. Tus compañeros también se preparan para dicho control, y lo que al principio parecía un mero trámite se convierte en obsesión. Es el tema de todas las conversaciones según avanza el año, incluso la causa de más de un desvelo. La estadística dice que la mayoría supera eso, pero hay un pequeño porcentaje que no, y tú, que no tienes nada especial ni eres increíblemente brillante, temes que no puedas superarlo. O tal vez sí, pero que los resultados sean mediocres y, si es así, nunca ascenderás y estarás atrapado en un puesto de trabajo aburrido toda tu vida.

¿Lo imagináis? ¿Sería desagradable, verdad? Pues es la descripción de las sensaciones de cualquier alumno de segundo de Bachillerato con capacidades y un historial académico medios.

A toro pasado todo se ve más fácil, pero lo cierto es que **los problemas y preocupaciones de los adolescentes son muy reales, y querer hacerles entender que los nuestros son más graves y difíciles no es algo que les ayude**. Más bien les puede hacer temer el futuro. Citando a Albus Dumbledore, el director de la Academia de Magia Hogwarts, en la saga de novelas Harry Potter, «los jóvenes no pueden entender cómo sentimos y vivimos los adultos, pero los adultos cometemos un gran error si olvidamos lo que significa ser joven».

2.3 *Creen que lo saben todo y mejor que nadie*

Ya he hablado de esto un poco en el primer mito. Esa necesidad de desafío inherente a la adolescencia. Como he dicho, mi experiencia me dice que nace de la necesidad de tener una estabilidad, estabilidad que los adultos ya no pueden dar al 100%.

El principal problema al pensar en este tema es que los adultos oímos estabilidad y pensamos en dinero: tener techo, cama, comida... Pero una persona no busca solo eso; buscamos una estabilidad moral, unas creencias cimentadas, un estilo de vida coherente que nos permita avanzar. En eso los adolescentes son como cualquier otra persona. Pero hay una diferencia: un adulto, en mayor o menor medida, se conoce a sí mismo, sabe qué acciones le parecen buenas y cuáles malas, sabe dónde están sus límites morales y puede ver venir sus reacciones. Un adolescente, no. No es que sean criaturas sin ningún código moral o ético, pero todavía lo están formando y estabilizando. Las famosas etapas de los jóvenes en las que cambian de gustos y formas de pensar tan fácilmente como cambian su ropa, no son más que reflejos de un ejercicio de autoconocimiento. Y aunque nos *emperremos* en buscar grandes problemas, faltas de personalidad, llamadas de atención y todas esas cosas que suenan tan profesionales, en la mayoría de los casos el chico o chica encuentra cómo se siente cómodo consigo mismo.

Y es que madurar no es un proceso cuantitativo, ni comparable entre personas. No todos maduramos en a la vez, ni en todos los ámbitos de la misma manera. Todos hemos oído el típico caso de los padres que se exasperan porque su hijo no sale igual que ellos. Al final, madurar es crecer, desarrollar opinión crítica, aprender a escuchar y filtrar lo que es bueno para nosotros, y eso, normalmente, es por ensayo y error.

2.4 *Recapitulando*

Podría seguir hablando de las cosas que preocupan a los adolescentes y no entendemos los adultos. Pero, en realidad, con estos tres puntos podemos sacar **tres claves** que nos pueden ayudar en su educación.

1) Del hecho de que no son niños aprendemos que, usando el «porque sí, porque no, porque es así y punto», un adolescente puede obedecer (aunque no lo hará mucho tiempo); pero si realmente queremos que entienda nuestras razones, las haga propias y las aplique como criterios importantes, **tenemos que razonar**. No hay frase menos educativa ni preventiva que la famosa *«cuando seas mayor lo entenderás»*.

2) Del hecho de que tienen preocupaciones muy reales aprendemos que sienten y padecen. Como cualquier persona, ellos se ven condicionados por sus emociones y sentimientos. Por tanto no es nuestro trabajo ignorar o restar valor a sus enfados, tristezas o frustraciones, sino relativizarlas y acompañarlas, y **dar ejemplo de equilibrio emocional**.

3) Del hecho de que en el fondo no sepan qué quieren, ni sepan de lo que son capaces, aprendemos que los adolescentes necesitan acompañamiento. **El reto de un adulto es acompañar y no tratar de dar respuestas a todo.** Aunque veamos las respuestas obvias, es necesario que sea él quien llegue a ellas, y no que le digamos lo que tienen que hacer sin más. Nuestro objetivo -hemos de recordar con algo de perspectiva- no es solucionar un problema puntual, sino dar herramientas para la maduración de un adulto estable e independiente.

Estos son algunos puntos para el trabajo con adolescentes de un animador. Al menos así lo he vivido. Igualmente, otras labores en su educación podrán desarrollarlas familiares y profesores. Ante todo no olvidemos que la educación de una persona no recae solo sobre unos hombros, sino que es una tarea compartida, y que colaborar trabajando «a una», entre todos, es sin duda la base para obtener unos buenos resultados.

José Antonio Sansegundo

3 Desde casa, unos padres se preguntan: ¿qué han hecho con mi niña/o?

Un día pasas de tener un hijo/a que va contigo a todas partes: de vacaciones, parques de atracciones, zoo, donde todo lo que le propones es estupendo, podemos jugar juntos, todas las actividades son divertidas y apasionantes, hablas y te escucha, te pide que le cuentes, dices «haz» o «hacemos esto» y lo hace o lo hacemos. Y, sin quererlo y sin buscarlo, de repente, tu hijo/a deja de tener interés por estar contigo, todo es aburrido, su escala de valores cambia, la puerta se cierra, no te escucha, parece que no te escucha, todo se cuestiona, todo lo que esperabas, parece que no es, etc. ¿Qué ha pasado? ¿He cambiado? ¿Han cambiado a mi hijo? Desasosiego. ¿Hemos hecho algo mal?

No. **Es adolescente, una enfermedad que se pasa con el paso de los años. Hay que convivir con ella en casa.**

El niño/a que teníamos ha empezado a cambiar, hay un salto biológico, psicológico y social. Quiere ser mayor. ¿**Qué mejor tarea que acompañar este proceso, puesto que es un momento crucial en su vida**?

Te das cuenta, de repente, que tu hijo/a empieza a pensar por sí mismo, se preocupa por lo que opinan los demás. ¡Ay, cuántas horas delante de un espejo! Cuántos vestidos, camisetas, pantalones, faldas y peinados probados. La imagen, y el qué dirán: "¿voy a la moda?"

Hay que tener paciencia, todo comentario sobre que la imagen no es lo importante, caerá en saco roto. Es mejor enseñar, hablar, opinar, orientar sobre cómo te queda mejor, aunque tu paciencia llegue al punto del colapso. Todavía recuerdo a mi hija diciéndome: "Pero papá, ¡si eres un carca, si vistes como un viejo!" Con treinta y siete años, esto era todo un síntoma. Tal vez porque yo quería vestirla como yo creía que era mejor, según mis gustos, y no como a ella le gustaba. Tal vez escuchar y aprender, hubiera sido más inteligente. Pero no hay que claudicar, hay que hacerles ver que ciertas modas, ni a ella ni a mí, nos hubieran sentado bien.

Hay un peligro: caer en las compras compulsivas y en las modas. **Si pagas para que te dejen en paz, seguramente, no tendrás nada que opinar cuando lo que lleve a casa sea inapropiado.** Pasar una tarde de compras, puede ser un buen momento. Tardes enteras, de pruebas, vestidores, hamburguesas –nada de restaurantes–, helados, tiendas, es agotador, puede con todo, pero **es mejor acompañar, que luego arrepentirnos**.

Lo más difícil fue dejarles ir de compras con las amigas: ¿qué pasará? Sufrimiento. Pero hay que **aprender a confiar y valorar** lo que se ha comprado. Siempre me recuerdo preguntando el "¿por qué te has comprado

esto? ¿Lo necesitabas?" La respuesta es fácil: «porque sí y sí». Tal vez lo inteligente hubiera sido el decirles: "pruébatelo, enséñamelo, a ver cómo te queda» y «¿con qué lo combinarás? ¡Qué guapa!». Pero no nacemos aprendiendo a ser padres y menos de adolescentes.

3.1 *Las amistades*

Otros momentos intensos son con los amigos. Siempre en crisis, tal vez nunca pude entender por qué los amigos de hoy eran los enemigos de ayer, y viceversa. Sí, lo he escrito bien. Todo, hasta los amigos, entra en crisis. ¡Pero no opines sobre los enemigos!, porque automáticamente te estarás equivocando. «Tú no entiendes nada», era una frase recurrente, cuando simplemente opinábamos sobre algún amigo/enemigo del momento. Error mayúsculo: los adultos tendemos a opinar sobre las personas que nos rodean, bajo nuestros criterios del bien y del mal.

Era el **momento de escuchar** y decir «aquí estoy», aunque no entendiéramos nada. Son los momentos de la fidelidad, fijar criterios de amistad, de hacerse «adulto social». Pero es el **momento de escuchar** también quiénes son sus amigos. Dejarlo, abandonar esto, puede suponer un riesgo demasiado alto, que no se puede correr. Hay que **fiarse de su criterio**, darle herramientas para tenerlos y esperar que el desengaño también llegue y de él aprendan. Invitar a cenar a sus amigos, pizzas, coca-colas, platos de pasta… nos sirvió para conocerlos y valorar con quién se movía. Pero siempre sabiendo que éramos sus padres, no sus colegas, ni **sus amigos.** Ella/el debía de saberlo, nosotros también. Ponernos a su altura era perder a un hijo para ganar un amigo, y **queríamos ser padres.** Menos mal que no perdimos el horizonte.

Llega el momento de salir con los amigos, y ponemos una hora. Llegan tarde. Enfados, "avísanos", prohibición de salir. Enfado en casa, silencios. ¿Mereció la pena? Seguro que sí, el tener claro que, de acuerdo a su edad, tienen un horario razonable de entradas y salidas, es bueno para ellos y para la familia.

Pero lo más importante es tener ambos, el matrimonio, el mismo criterio frente a las salidas, dar los mismos consejos, palabras al oído, frases, y estar los dos siempre unidos en la opinión, fue y es importante. No dar una respuesta sin que hubiéramos hablado previamente. Una de las mejores tácticas que empleábamos era decir sí a todas las salidas que nos proponían. Todas de fin de semana, locuras y aventuras. Eran inviables, pero si nosotros se lo prohibíamos pasábamos a ser los padres que nunca teníamos confianza en sus hijos. La salida siempre se caía. Era imposible que se llevara a cabo. Es mejor aliarse que prohibir, presentar las posibles dificultades que se van a encontrar y preguntarles cómo van a afrontarlas. Ayudarles a que descubran qué cosas son posibles o no, mejor que impedir. La autoridad en esto es mal atajo. Y enseñarles que la **confianza** es algo que se gana o se pierde, pero que parten del principio del «yo **confío** en ti, demuéstrame que puedo seguir haciéndolo». Rezando, eso sí, pero **confiando**.

3.2 *El conflicto*

Pero la confrontación surge, y una de las cosas que más nos costó entender es que si pides, has de ceder. ¿Hasta dónde estás dispuesto a ceder? ¿Hasta dónde estás dispuesto a dar? El mundo con nuestras hijas se convirtió en una auténtica negociación. Pero lo más importante era estar ambos de acuerdo antes. Uno hacía de confidente, otro de policía. Uno ayudaba, otro controlaba. Pero todo estaba pactado antes. Aún así no siempre fue fácil.

Dicen que un hijo/a une al matrimonio; pero a veces lo distancia y lo separa. Ella/el lucha para separar, de manera inconsciente, y hace su trabajo estupendamente. Surgen discusiones, enfados, silencios de incomprensión. Porque ambos queremos lo mejor, desde nuestro punto de vista personal. Nos olvidamos del

punto de vista común. Y es cierto que en esos momentos vienen las mayores disputas familiares. Tenemos que reconocer que son los momentos más difíciles de la convivencia. Pero **lo importante es hablarlo y buscar puntos de equilibrio**. No hay que caer en la tentación de que para evitar las disputas con tu pareja, nos pasemos al lado oscuro de la permisividad. Es el peor favor y la peor victoria que le podemos dar a un adolescente. Sabíamos que nos llenaba de tensión, pero lo más importante era hablarlo, aunque nos resultara muchas veces difícil. Por el bien de tus hijos, hazlo. **Busca un punto común**. Y no huyas. Las normas existen y son importantes: aprender que en el mundo hay normas y están para cumplirlas, ellos y nosotros. **Nuestras incoherencias fueron su principal argumento que utilizaron, con toda la razón. Paciencia**.

3.3 *Los niños crecen*

Otro gran y terrible descubrimiento es que un día tu hijo/a juega contigo a las guerras en la cama y, al día siguiente te dice, que "¿de qué vas?" ¡En fin! Hay que entenderlos. Un error monumental es cuando quieres demostrarle en público que le quieres. Si solo es un beso, un abrazo… ¡¿Por qué lo haríamos?! Llega un momento en el que hay que respetar su independencia, ese día es difícil, hay que estar a la expectativa, porque el día que quiera que le des un beso o un abrazo… ¡no debes perder la oportunidad! No dejamos de demostrar que les queríamos, aunque la respuesta era… imagina. Pero hay que estar ahí. No esperábamos efusiones, pero bueno, a veces el desprecio era el mejor ejemplo de saber que seguíamos ahí, junto a ellos. Tuvimos que buscar otras maneras de demostrar que les queríamos, sin caer en los regalos fáciles, que llevan al consumismo. Son **detalles no materiales, miradas, palabras, gestos, frases, un largo etc.**, son mejores que comprar, porque cada vez nos pedirían más para demostrarles que les queremos. Aprender que ya no tienes un niño, enseñarles a ser adultos.

3.4 *Otra vez el conflicto*

Otra parte importante son las discusiones. **Nunca hay que perder el respeto. Si queríamos que valorasen nuestras opiniones, lo mejor fue aprender a valorar las suyas.** Llega el momento en el que en la familia hay más de dos opiniones. Es difícil **escuchar** algo que a veces iba en contra de nuestras decisiones; pero hay que **escuchar** y pedirles que argumenten el porqué de sus opiniones, esto les reforzará para no ser adocenados en una sociedad que dogmatiza.

Pero, eso sí, el interés familiar por encima del particular. Hacer valer esto nos impidió, aunque hubiera algún disgusto, crear un pequeño/gran tirano. Pero hubo que aprender a **escuchar** y compartir iniciativas, deseos, proyectos, aprender a contar cosas, aunque también nos enseñó que no todo pertenece al ámbito de los hijos. Hay materias que son de la pareja, esto nos permitió unirnos y trabajar para hacer frente común. Aprender a estar juntos, discutir decisiones en privado, acompañarnos en nuestro proceso de padres de adolescentes.

Llega **el momento de regañar**, porque algo no se hizo bien. El primer error fue hacerlo en público: ¡madre mía, su imagen por los suelos! Tuvimos que aprender a hacerlo en privado, llamar para corregir. No perder las formas en privado. **Aprender** a regañar en positivo. **Aprender** a decir que algo está mal hecho, desde lo bien que haces otras cosas. Es algo que se olvida y hubo que **aprender**. No siempre se supo hacer y, hasta hoy, hay que reconocer que es muy difícil hacerlo. El respeto se gana, no se impone. El «porque sí» o «esto lo digo yo y es así», es una batalla perdida. Por supuesto, los «castigos» que no se cumplen, son totalmente contraproducentes.

Una iniciativa muy positiva, recomendada desde el centro educativo, fue el animarles a **hacer un diario.** Ahí ellos podían expresar sus sentimientos, poner errores, aciertos, exigencias, pero en el fondo **era el momento de reflexión del día:** "¿qué he hecho hoy? ¿Qué ha pasado? ¿Cómo puedo mejorarlo?" Pero **hay que aprenderlo antes de que llegue esta etapa. Era nuestra oración antes de dormir, que nuestros padres nos enseñaron.**

Pero te das cuenta, en medio de la vorágine de la adolescencia y vida en familia, que **es mejor dar ejemplo que estar pidiendo explicaciones de comportamientos**. Ellos nos estaban examinando constantemente, todo era cuestionable en nuestras palabras, gestos y acciones. Intentar ser perfectos fue un fracaso. Admitir que cometemos errores y aprender a pedir disculpas por ello fue la mejor enseñanza. Es difícil pedir disculpas por algo, y

más a tus hijos. Aprender a hacerlo, creemos que fue la mejor lección que nuestros hijos nos han dado. Ellos aprendieron a hacerlo también.

Ignorar los problemas, con la excusa de la edad, creo que no es bueno. Es mejor afrontarlos. Lo que se deja que pase, se enquista y siempre termina saliendo. Tal vez como no queríamos que saliera.

3.5 *La fe*

Otra dificultad fue la educación en la fe. En estos momentos donde todo se pone en duda: familia, amigos, padres, normas... hablar de Dios es muy difícil. Creo que **la mejor decisión fue la perseverancia; dejar actuar, pero estar ahí. No eludir preguntas sobre nuestra fe. Mostrar que también tenemos dudas, que las afrontamos, que avanzamos, que nos cuestionamos y que crecemos**. No minimizar, ni ignorar, ni imponer "esto es así", obligar. Pero **perseverar**. Seguir en nuestro camino, es el momento de ser Apóstoles. **Seguir asistiendo a la Eucaristía**, demostrar que se sigue en el Camino, que no disponemos de la Verdad, pero trabajamos en ello, y que somos ejemplo de Vida. De nuestras hijas una abandonó el camino, otra lo continuó. Ahora las dos caminan juntas. **Creo que lo mejor fue no forzar, no obligar y si predicar, aunque muchas veces fuera en el desierto.**

3.6 *No olvides una cosa*

Para acabar solo una pregunta que siempre me hacía mi mujer Lourdes: «¿Pero tú fuiste adolescente alguna vez? ¿Y si preguntamos a tus padres sobre lo que hacías?». Te lo pregunto a ti, padre, educador, animador, lector.

Acompañar, aprender, paciencia, ejemplo, paciencia, escuchar, confiar, rezar, acompañarnos, apóstoles, afrontar... Pon tú palabras.

Lourdes Jarén (†)
y José Luis Rivera

4 Un consagrado: estar con quien nadie quiere estar

Como salesiano, mi vida ha estado siempre rodeada de jóvenes y adolescentes de todo tipo. Algunas de estas experiencias han sido vividas en momentos muy puntuales, como puede ser la catequesis, los grupos, las actividades, un campamento... y otras han sido más duraderas, y ahí he tenido la oportunidad de compartir con algunos chicos ámbitos que les preocupaban: los estudios, la familia, los amigos, la vida de pareja, el grupo, su relación con Dios, cómo vivían su fe y su opinión sobre la Iglesia....

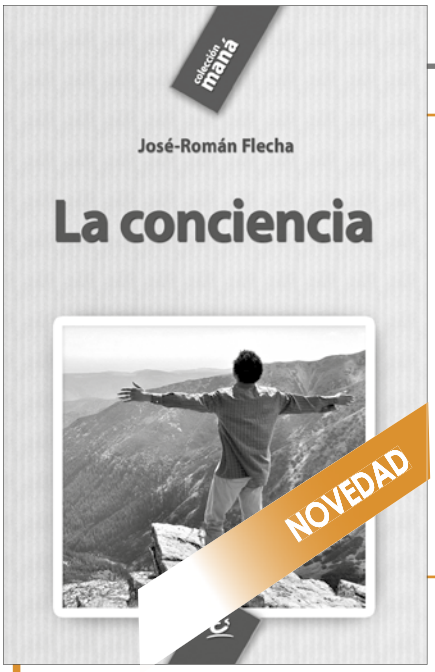
En estas líneas voy a contar la experiencia que viví con Marcos, un adolescente con el que tuve la suerte de compartir dos años y al que tengo que agradecer que me haya permitido entrar en su vida.

4.1 *En su vida entras, si te deja*

Me costó bastante dar el primer paso y acercarme a él. Su manera de actuar, de vestir e incluso de relacionarse con los demás, me decía que no iba a ser un chico fácil, de estos que con el simple hecho de acercarte y con un par de preguntas te lo ganas; sino que tendría que cambiar de estrategia y tratar de **encontrar puntos en común con los que poder acercarme y romper el hielo**.

Tal vez influenciado por un prejuicio, en el ámbito escolar, que era donde más tiempo le veía, me dio la sensación de que había tirado la toalla con los estudios, que solo estaba interesado en pasarlo bien y en vivir el día a día sin preocuparse casi de nada. Quizá fue esta sensación lo que despertó en mí el deseo de dejar miedos y prejuicios, y acercarme.

Colección MANÁ



La conciencia

José-Román Flecha. NOVEDAD

¿Qué es la conciencia? ¿Qué significan expresiones como «me remuerde» la conciencia (o «no me remuerde»)? ¿Queda todo «arreglado» con tal de que las malas acciones no sean conocidas, para que parezca que no existen? A estas cuestiones relativas a la conciencia se refiere este libro. Está concebido siguiendo el esquema clásico que asume los pasos de ver, juzgar y actuar. En el primer capítulo se dirige la vista a nuestra comprensión de la conciencia. En el segundo y el tercero se recogen las bases para un discernimiento sobre la conciencia, tomadas de la Biblia y de la reflexión cristiana sobre la misma. En el tercero, la mirada a la situación se abre a una reflexión sobre la responsabilidad humana tanto personal como estructural, siempre alentada por la esperanza.

Acompañar a los catecúmenos

Guía práctiva para los acompañantes

Secretariado Diocesano para la Iniciación Cristiana de los Adultos (Turín). P.V.P. 10 €

¿Qué pasaría si...?

Catequistas nuevos

Gianfranco Calabrese

NOVEDAD. P.V.P. 8 €

¡Salgan a buscar corazones!

Mensajes a los catequistas

Jorge M. Bergoglio (papa Francisco).

P.V.P. 10 €

Hacerse discípulo

Dolores Aleixandre

P.V.P. 8,40 €

EDITORIAL CCS

Calle Alcalá 166. 28028 Madrid

91 725 20 00 • 91 726 25 70 sei@editorialccs.com

... y mucho más en www.editorialccs.com

Su realidad era bastante complicada y estaba bastante herida. Había sufrido la pérdida de un ser querido muy importante para él y para su núcleo familiar, y esto de alguna manera le daba un color diferente en la manera de plantearse y afrontar las diversas experiencias.

4.2 *Un contexto de oportunidades*

Conocí a Marcos en el colegio. Yo empezaba ese año una experiencia totalmente nueva para mí: las clases, los claustros, los *buenos días*, saber colocarme en relación con los chicos en el ambiente colegio. **El recreo se convirtió en el lugar perfecto para comenzar la relación**. Entre preguntas «tipo» relacionadas con la marcha del curso, "¿qué te gustaría hacer cuando termines...!" Lo primero que compartió conmigo fue su situación académica y su preocupación por los estudios.

Marcos era consciente de que necesitaba aprobar el curso, tenía medianamente claro a qué se quería dedicar y sabía lo que necesitaba para conseguirlo. Sin embargo, llevar un ritmo constante, dedicar las horas necesarias al estudio y trabajar un cambio de actitud en clase, era lo que se le hacía verdaderamente cuesta arriba. S**in decirlo buscaba, de alguna manera, alguien que le echara una mano** a retomar el camino del que, hacía tiempo, se había salido. **Creo que aprender a descifrar este tipo de lenguaje cada vez más utilizado por nuestros adolescentes es importante y a la vez complicado**.

Marcos no solo mandaba mensajes «velados» en relación con los estudios, sino que transmitía y demandaba atención o ayuda, sin verbalizarlo. Poco a poco fue creciendo en decir lo que sentía y lo que necesitaba, en pedir ayuda.

4.3 *Creer en él, más que él mismo*

Se sentía «amenazado» por la mayoría de los profesores. Repetía una y mil veces que, hiciera lo que hiciera, la fama que se había ganado era lo que verían en él. Se podía percibir cómo, de alguna manera, lo que necesitaba era un empujón, un mensaje de ánimo y de apoyo. Marcos había perdido la confianza en sí mismo, y en la mayoría de los profesores en este terreno. Necesitaba que alguien creyera en él. **No necesitó discursos que le complacieran, sino escuchar, con cierta exigencia, lo que él ya sabía**: que no podía permitirse el lujo de tirar otro año más por la borda.

Poco a poco comenzó a retomar con interés los estudios. Preguntaba algunas dudas, pedía ayuda para prepararse los exámenes, pedía opinión sobre algunos trabajos, etc. Estos primeros pasos con los estudios ayudaron a que tuviese confianza conmigo. Este cambio me sirvió para poder ir preguntándole sobre aspectos más profundos de su vida. La relación ya no solo se basaba en lo académico, sino que había ido creciendo. Podía exigirle en los estudios, proponerle ciertas responsabilidades en el Centro Juvenil, sacar temas más profundos…

Marcos estaba disponible para ayudar en lo que sea. Le cambiaba la cara cuando le proponía venir a echar una mano para preparar ciertas actividades escolares y extraescolares. Este fue un buen vehículo que me siguió ayudando a crecer en la relación. **Sentir que se contaba con él para ayudar en algo le hacía sentirse bien consigo mismo y válido para los demás**.

Me sorprendió gratamente cuando me confesó el conflicto que estaba viviendo con su grupo de amigos. No quería dejarse llevar por el ritmo de vida que llevaban, y esto le provocó momentos de soledad. Momentos que vivió como algo edificante, porque estaba siendo coherente con lo que sentía que tenía que hacer.

Compartir todas estas situaciones dio paso a tener conversaciones más profundas. Se consideraba creyente, aunque con muchas dudas. De manera sorprendente, la experiencia de pérdida de ese ser querido le había hecho crecer y depurar su fe. **A regañadientes reconocía el papel que jugaba Dios y la fe en su vida, aunque reconocía que estaba lleno de preguntas y mostraba una actitud muy critica a todo lo que se asemejaba a comportamientos incoherentes**.

4.4 *Recapitulando*

Lo vivido y lo compartido con Marcos me ha ayudado también a mí a crecer como persona, como cristiano y como salesiano. Me ha ayudado a creer en las segundas, y terceras, oportunidades; a convencerme que con los jóvenes nada está perdido, que siempre se puede andar un paso más.

He aprendido a rezar desde la vida de los que comparten con nosotros algo más que unas cuantas horas. Esto ha provocado en mí cierta inquietud por ser auténtico con lo que hago y con lo que digo: estoy convencido de que en esto de las relaciones con los adolescentes **no sirven las fórmulas cerradas**. Lo vivido con Marcos me ha enseñado que lo mejor que puedo ofrecer es mi experiencia, tanto de vida como de fe, y que solo desde ahí se pueden hacer propuestas arriesgadas. Me ha hecho sentirme instrumento de Dios, con la responsabilidad que eso conlleva. Me ha hecho desarrollar mi paternidad, precisamente hacia los jóvenes más necesitados y más dolidos con la vida.

Estoy convencido de que los adolescentes y jóvenes con quienes compartimos nuestro tiempo y nuestra vida, cada vez más **están necesitados de una persona de referencia.** Que detrás de la imagen que dan de despreocupados por casi todo, se esconden preocupaciones profundas que buscan ser escuchadas.

Creo también que nuestros jóvenes y adolescentes **están deseando sentirse útiles, sentir que alguien confía en ellos**.

Marcos, a día de hoy, se encuentra luchando por su sueño. Sus dificultades poco a poco las va superando, su realidad no ha cambiado mucho, pero lo que sí ha dado un giro es su manera de plantearse y afrontar las cosas. Decía don Bosco que «no basta con amar a los jóvenes, es necesario que ellos se sientan amados». Concretando su máxima, me atrevo a decir: **No basta con confiar y trabajar por los jóvenes; es necesario que ellos sientan que se confía en ellos y que todo lo que hacemos es por su bien.**

RUBÉN ESCRIBANO CARO, SDB